

## BRASIL: LA CULTURA DEL ORO. UNA APROXIMACION DESDE LA ANTROPOLOGIA SOCIAL

Dr. Manuel de la FUENTE LOMBO.  
Facultad de Filosofía y Letras.  
Universidad de Córdoba.

Si la Casa Grande con su ingenio cañavero había establecido un sistema de organización social de características esclavista-feudalizantes(1), el modelo logra mantenerse en esencia, aunque las variaciones implicadas por la *cultura del oro* —es decir, por la explotación minera que había sido posibilitada a través de las penetraciones territoriales y esclavistas, efectuadas por las *entradas* organizadas en *bandeiras* para ese fin— representen una serie de modificaciones causantes a posteriori del proceso independentista colonial, si bien, en definitiva, la estructura socioeconómica que la minería transfiera al cielo cafetero —ya en plena independencia— no rectificara substancialmente el modelo creado por la clase dominante colonial en el siglo XVI. En cuanto a la demarcación temporal del ciclo del oro, éste se extiende a lo largo de la centuria ilustrada, en el siglo XVIII.

Por otra parte, ya antes de que se produjera la aparición del ciclo aurífero, Holanda había decidido apoderarse de los centros de producción azucareros, tras la negativa de las clases dominantes lusitana y española a que continuara participando en los beneficios de la circulación del producto. No obstante, y para hacer más efectiva la medida, optan también por apoderarse los holandeses de las áreas africanas que proveían de mano de obra esclava a las plantaciones. Lógicamente esta medida traería consigo el que las zonas brasileñas ligadas a la caña, pero no ocupadas por los holandeses, atravesaran un periodo crítico por la ausencia de fuerza de trabajo africana, si bien, en cierto modo, se vieron compensadas por la huida de algunos grupos de las explotaciones controladas por el invasor(2).

De una u otra forma, la necesidad de utilizar de nuevo al indio como esclavo en las tareas agrícolas parecía evidente. Es así como se introduce en el devenir histórico del Brasil uno de los fenómenos más destacados en cuanto a su transcendencia socioeconómica: las *bandeiras*. Al considerar la relación existente entre esta fenomenología y la llamada *cultura del oro*, estimamos conveniente unas consideraciones previas que clarifiquen el sentido de las *bandeiras* brasileñas.

La primera cuestión a plantear es ¿qué es una *bandeira*? Y en palabras de uno de sus más importantes tratadistas, «...la "bandeira" nada tiene que ver con las expediciones que iban en busca de metales preciosos, ni con las que tratan de hacer retroceder el meridiano de Torresillas, o de ampliar los dominios portugueses en América, ni otras finalidades semejantes, que los historiadores le han asignado gratuitamente. Estas expediciones podrían ir y, de hecho muchas fueron, organizadas en "bandeiras", mas nunca serán "bandeiras" institucionalmente hablando; serán, tan sólo expediciones exploradoras, descubridoras, mineras o cosa semejante»(3).

(1) Dentro de la llamada *cultura de la caña*, que precedió en el tiempo a la *cultura del oro*.

(2) Nelson Werneck Sodre, *Evolución social y económica del Brasil*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires 1964, pág. 32.

(3) Ricardo Román Blanco, *Las "Bandeiras", Instituciones bélicas americanas*, Editora Universidade de Brasília, Brasília 1966, pág. 22.

Rechazada la situación de las bandeiras como entidades institucionales, su significación en el Brasil pasa a ser una «organización táctica para-militar, que las instituciones bélico-esclavizadoras adoptaban, copiándola de los ejércitos regulares y oficiales»(4). Se adscribe, pues, la bandeira a una organización dentro de las instituciones que, con un carácter explorador o esclavista —*entradas*— funcionaron en el Brasil colonial.

En este contexto, es oportuno matizar que, si bien las regiones sureñas destacaron más frecuentemente en la proyección de las referidas organizaciones, las mismas no son privativas del área paulista sino que, por contra, los *entradistas* organizados en bandeiras procedían tanto del área de São Paulo, que de la zona nordestina, como de cualquier otro punto de la colonia.

La generalización de la *entrada* y la *bandeira* en el acontecer histórico brasileño, con una aproximación muy ligada a intereses económicos, halla su base en una ordenación social programada por los poderes públicos tendentes a conseguir las máximas garantías respecto a la defensa nacional. De esta manera, la organización táctica en bandeiras no se planificó en el territorio colonial por voluntad popular, sino por el deseo expreso de los monarcas ibéricos de militarizar a todos sus súbditos para una mejor disposición frente al enemigo exterior.

Una vez estatuido este sistema organizativo a partir de las ordenanzas de 1570 del Rey D. Sebastián, no ofreció demasiadas dificultades a los particulares el aprovechar su adscripción obligatoria como *bandeirantes* en la realización de entradas o expediciones esclavizadoras propias.

Ahora bien, lógicamente, la militarización impuesta por la Corona no explica la decisión paulista —sobre ellos descansa en gran medida la proyección privada del fenómeno— de funcionar como elementos esclavizadores. «La realidad de por qué el paulista o el vicentino fueron esclavizadores, en América, es muy otra: el vicentino (primitivo núcleo de asentamiento sureño desde donde en 1554 se funda São Paulo) reaccionó contra el medio y la tierra, que no le daba palo Brasil, ni azúcar, en cazador de esclavos o *entradista*, en lugar de agricultor o ganadero, porque él ya había sido esclavista, o sea, cabalgador, *entradista*, en la Península, contra los moros; en África, contra los mismos y en las islas atlánticas contra ellos y contra los guanches y demás aborígenes, que él borró del mapa y aniquiló esclavizándolos. Y porque, él sabía muy bien, que eso de cazar esclavos indios era fácil, muy fácil, sumamente productivo y sobre todo, más prometedor de conseguir enriquecimiento rápido, que no el de agricultor o ganadero u otra actividad cualquiera, que exigiese esfuerzo físico, (pues él, ya a priori era refractario a todo lo que supusiera doblar el cuerpo), enveredó por tal camino, sin que nadie le obligase a ello, a no ser sus deseos inmoderados de enriquecer mucho y deprimir, y sobre todo, *sin trabajar*, aun cuando para apresar a los indios padeciera sudores de muerte. Es que dentro de la mentalidad de la época, guerrear, cabalgar, apresar indios,... era de héroes, de hidalgos; trabajar, en la agricultura, cavar y arar la tierra... ¡sólo de esclavos!»(5).

Por otra parte, y según exponíamos al comienzo del presente trabajo, la dominación holandesa y la consiguiente escasez de mano de obra que ello trajo consigo, permitió la formación de entradas esclavistas en función de la necesaria fuerza de trabajo para las plantaciones. Comienza así el proceso de una intensiva caza del indio que se verá favorecida allí donde sus formas organizativas responden a un sedentarismo impuesto.

En este sentido, la expansión misionera de la Compañía de Jesús asume una importancia primordial. Realmente la tarea de apresar a unos grupos poblacionales dispersos no podía resultar fácil, precisamente por la falta de fijación de éstos, lo que en principio dificultaba incluso su localización; de ahí que, al constituir los jesuitas las *reducciones* como núcleos sedentarios en los que se catequizaba a los indígenas, se favoreciera indirectamente la función de los *entradistas* bandeirantes de conseguir el apresamiento de aquéllos.

De este modo, la política jesuítica de reducciones convertía al indio en un elemento sumamente vulnerable a las *entradas* paulistas, al concentrar a unos grupos cuya defensa estribaba precisamente en la movilidad; de esta manera, el apresamiento de millares de indígenas

(4) *Ibid.*, pág. 357.

(5) *Ibid.*, pág. 390.

conduce a la integración de éstos como mano de obra esclava en las tierras privadas de la etnia africana(6).

Se trataba de una situación rechazada por el indio desde la implantación del sistema esclavista en la región nordestina, una negativa a aceptar la estratificación social que el esclavismo significaba, y que habría de soportar la población aborigen hasta la expulsión de la presencia holandesa en el territorio, momento a partir del cual se pudo disponer nuevamente de la etnia africana, con lo que la demanda de indígenas se redujo ostensiblemente. En este orden de cosas, la claudicación del dominio holandés tras la *Insurreição pernambucana* —caída de Recife en 1654— y la decisión holandesa de establecer su propia zona productora, no sólo conduce a la pérdida del monopolio cañavero luso-brasileño, sino a la aceleración del proceso substitutivo de la economía azucarera por la minera.

Paralelamente a estos acontecimientos, se verifica la substitución en las ententes bilaterales que Portugal había venido manteniendo desde el inicio de su presencia en las costas atlánticas brasileñas —primero Holanda, después España, y por último el control holandés sobre los centros de producción cañaveros— al darse entrada a un tercer elemento cuya influencia sería decisiva por las consecuencias que posteriormente se deducen de ella; nos estaremos refiriendo a Inglaterra.

Y es que efectivamente, será el país británico el que posibilite y avale la futura independencia portuguesa y de su extenso dominio americano, aunque a cambio de ello obtenga substanciosos beneficios(7). Estas circunstancias, que empiezan a germinar con el rompimiento de la vinculación hispano-portuguesa (1640), llegan a su culminación oficial en los primeros años del siglo XVIII —1703, Tratado de Methuen— coincidentes precisamente con el despegue del ciclo minero.

Son momentos de una evidente trascendencia, pues, «como consecuencia del tratado, la economía portuguesa... fue quedando dependiente de la de Inglaterra. A medida que el comercio crecía entre los dos países, las importaciones portuguesas excedían en mucho a sus exportaciones. Además una parte muy considerable del comercio era realizado por barcos ingleses, lo que aumentaba el déficit de la balanza de pagos portuguesa. La solución que se adoptó fue la de utilizar el oro de Brasil para cubrir ese déficit. Así, Portugal se convirtió en correa de transmisión, en puro intermediario: el oro de Brasil era embarcado para Portugal y, en seguida, una gran parte del mismo era reembarcado para Inglaterra»(8).

El oro brasileño, pues, adquiría una importancia relevante en el complejo engranaje político-económico que venía desarrollándose desde las primeras décadas del siglo XVII; recordemos que los bandeirantes que habían participado en las entradas esclavistas, si bien lo hacían en función de un objetivo inmediato como era la caza del indigena, indirectamente estaban logrando el conocimiento de territorio interior y, consecuencia de esto, estaban en condiciones de acumular experiencia sobre los recursos naturales que las zonas exploradas contenían en sí.

Podríamos decir, incluso, que el bandeirante no dejó como resultado de su actividad ninguna conquista territorial, ni consiguió una rentabilidad excesiva de sus tierras, aunque de su trabajo exploratorio es consecuencia el descubrimiento aurífero en lechos de ríos lejanos al litoral(9). El bandeirante seguirá existiendo como un elemento cuya movilidad y falta de fijación —derivadas de la propia existencia de la *entrada* como institución— le permiten unas variables en su comportamiento que le adaptan a cualquier circunstancia de cambio.

Es así como al producirse el impacto de los descubrimientos auríferos, posibilitados por él, con el atractivo que eso significaba para quienes controlaban la economía colonial, el bandeirante encuentra en su permanente disponibilidad la mejor situación en las nuevas situaciones que estaban conformándose: «Los rebaños de las antiguas misiones jesuíticas, destruidas por los bandeirantes en la época de la caza del indio, ganaron la campaña y allí se multiplicaron como ganado cimarrón. Expulsados de la región minera por la competencia de los ele-

(6) Nelson Werneck Sodre, *op. cit.*, pág. 33.

(7) José Acosta Sánchez, «La revolución portuguesa y el cambio político de España, *Triunfo*, n.º 653, 1975, pág. 21.

(8) *Ibid.*, pág. 22.

(9) Celso Furtado, *Análise do «modelo» brasileiro*, Editora Civilização Brasileira, Rio de Janeiro 1972, pág. 95.

mentos metropolitanos a quienes fascinaba el oro, los bandeirantes, después de la lucha conocida como *Guerra dos Emboabas*, (Emboabas, fue el nombre dado por los bandeirantes paulistas a los portugueses que se internaban en el *sertão* en busca de oro y piedras preciosas sobre los cuales tenían ellos derechos por concesión real), decidieron volcarse en otras direcciones: unos fueron a descubrir las minas de Cuiabá, y otros fueron en busca de los rebaños dispersos y abandonados en la planicie cubierta de gramíneas, y se convirtieron en tropeiros<sup>(10)</sup>.

De cualquier forma, la trascendencia del entradista aventurero se oculta paulatinamente en el sistema macroeconómico que ha empezado a desarrollarse en Brasil. La entrada en la esfera económica brasileña de los intereses británicos, dependiza grandemente el nuevo ciclo económico —la explotación minera— de las formas capitalistas de producción, en cuyo ámbito Inglaterra se convierte en principal protagonista.

El siglo XVIII presencia en la gran colonia lusitana la introducción de una actividad que ya era conocida en las colonias españolas desde el siglo XVI. El declinio de la cultura cañavera, forzado por la acuciante competencia holandesa en las Indias Occidentales, y contemporáneo del descubrimiento de las cuencas auríferas dadas a luz por los bandeirantes, convierte al oro brasileño —con la aquiescencia de la propia metrópolis que actúa de puente— en el impulsor más importante del capitalismo europeo y de la revolución industrial, que era como decir en estos momentos, de Inglaterra<sup>(11)</sup>.

Este ciclo aurífero brasileño coexiste, pues, paralelamente, con una sistematización económica, la revolución industrial, donde el interés se establece no tanto en el producto como en el modo de producir; la deificación del capitalismo industrial en detrimento del capitalismo comercial, junto a la perentoria aceleración del proceso productivo que el mismo sistema imponía, comienza a esbozar una cierta situación conflictiva en las relaciones colonia-metrópolis, al no ser viable ya la simultaneidad del superado régimen de monopolio comercial metropolitano con la expansión industrial.

Los cambios operados por esos factores concurrentes, vinculados todos a una sociedad pluralista donde el oro modela los patrones de conducta, se dejan sentir de manera decisiva en la entidad de la colonia; la cultura cañavera, que había establecido unas formas de vida reguladas por las características inherentes a la estratificación social adoptada, presencia el reajuste impuesto por una jerarquización de valores en la que la propiedad de la tierra interesa en cuanto pueda ser objeto de explotación minera.

La atracción suscitada por el oro se concreta en una aceleración del movimiento demográfico. El sedentarismo impuesto por el orden cañavero, que fijaba al *senhor de engenho* y a la *familia esclavista* en las regiones litorales, dependiente el grupo humano de las condiciones ecológicas que posibilitasen la producción azucarera, se reemplaza en el orden minero por el condicionamiento itinerante que imponía la explotación intensiva y agotadora de los recursos auríferos. Una vez conseguida la licencia, el trabajo exhaustivo en las vetas ocasiona el necesario desplazamiento que permita la continuidad en el trabajo, pues la tierra sin oro no ofrece interés. En estas condiciones, la organización económica basada en la minería necesita ser alimentada constantemente por una afluencia de mano de obra capaz de sostener el ritmo impuesto en las labores de extracción.

Así pues, era evidente que esto obligaba a un ordenamiento esclavista cuyo elemento humano sostuviera la infraestructura del sistema; el indio había dejado de ser imprescindible en cuanto a su obligada utilización laboral<sup>(12)</sup>; es más, su negativa a integrarse en una estratificación que imponía privilegios de clase, neutralizaba la posibilidad de aceptación conformista que había caracterizado al negro nordestino. La alternativa africana se definía como más oportuna.

Por tal motivo, el tráfico negrero adquiere de nuevo vigencia, pero en esta ocasión con unas características diferentes; la imperiosa necesidad del africano estimula una alza elevada

(10) Nelson Werneck, *op. cit.*, págs. 46-47.

(11) Issac de Castro, *Geopolítica del Hambre (I)*, Ediciones Guadarrama, Madrid 1972, pág. 218.

(12) Se expuso anteriormente que, a partir de la expulsión holandesa, la etnia africana queda nuevamente disponible para su utilización por el colono.

de su precio en venta; sin embargo, no es esta peculiaridad la que trastoca el régimen que pesaba sobre él con anterioridad, sino la ubicación de su trabajo. Es decir, la proximidad y el control social existente en el esclavismo nordestino —aunque dentro de una estructura feudalizante— se reemplaza en las regiones mineras por una lejanía del patrón y, consiguientemente, una ausencia de responsabilidad directa ante el señor.

El territorio africano se presenta de nuevo como el proveedor que suplente suficientemente la fuerte demanda de indios como mano de obra(13). Esta masa trabajadora, receptora de una sistematización laboral distinta, ha de soportar la encrucijada de dos situaciones polares: por un lado, la falta de una relación social patrón-cliente no va a beneficiar al negro en cuanto al trato recibido, toda vez que la autoridad ejercida por el capataz o contraamaestre alcanzará extremos de gran dureza(14); en otro sentido, el negro podrá redimirse por su propio trabajo.

Sin embargo, esta segunda circunstancia, la posibilidad de redención, aporta una estructura inédita al sistema esclavista que, en definitiva, va a comprometer la permanencia del sistema en sí(15). Empezaban a gestarse, pues, los antecedentes de lo que con posterioridad constituiría la emancipación del negro en América; es más, esta fenomenología debió actuar de revulsivo para la concientización de grupos africanos residentes en otras áreas, por cuanto comienzan a producirse deserciones de los poblados negreros y de las minas, cuya población tiende a organizarse en «quilombos», o aldeas.

La conciencia emancipadora, que ya empezaba a manifestarse a nivel del sector laboral africano, —principalmente en las regiones mineras por las peculiares características que hemos expuesto—, trasciende a manera de disociación de intereses a otros niveles de la sociedad implicados en la organización económica. Por ello, mientras el ciclo azucarero había encontrado un apoyo adecuado en la relación bilateral entre la clase dominante colonial y la lusitana, que funcionaron aunadas por intereses comunes, la sociedad minera va a desenvolverse de manera distinta.

Efectivamente, la sociedad que sirve de base a la cultura del oro presenta una estructura interna que se aleja del modelo feudal mantenido por el esclavismo nordestino; en este sentido, frente a la existencia de la polaridad señor-esclavo, amo-siervo, la minería y el capitalismo industrial influenciados y apoyados mutuamente, dan paso a una sociedad más compleja en la que ya se delimita la constitución de una tercera fuerza de características burguesas. Es así que, van a ser elementos de este grupo centrista los que realicen el primer acto en la cadena de acontecimientos que conducen a la autonomía de la colonia lusitana respecto de su metrópolis. La conspiración conocida como *Inconfidência Mineira*(16) sólo precede a la Independencia en tres décadas.

(13) Mozambique, el Blanco Nilo, Sudán y Angola.

(14) «La esclavitud del Ciclo del Oro fue una brutalidad jamás soñada en el Ciclo del Azúcar. Como los hurtos serían factibles en una materia tan rica y fácil de esconder, había un vigilante para cada doce esclavos, encargado de escudriñarles hasta el pensamiento. El hecho de llevarse el dorso de la mano para enjugar el sudor de su frente, era anotado ya en el cuaderno policiaco del capataz. Lo dice Roger Bastide citando a Saint-Hilaire: «El contraamaestre anotaba el menor gesto sospechoso, las manos que iban a la boca o a los cabellos, pues los burujones cerrados y duros en el negro podían esconder tesoros. Después del trabajo, el negro era obligado a despojarse de toda la ropa para pasar revista. Cabellos, cavidad bucal, encías, lengua, intersticios de los dientes, todo era revistado. Si nada se encontraba, era obligado a tomar un buen purgante, para verificar si no habría engullido el hurto. ¡Pobre del que hubiese robado! El látigo le azotaba las carnes, marcándole las espaldas en surcos ensangrentados, que en seguida eran sembrados de sal, sin duda para evitar la gangrena, pero que constituía otro suplicio atroz» (Carlos Beltrán, *Brasil: tipos humanos y mestizaje*, Editorial Cultura Hispánica, Madrid 1970, pág. 117).

(15) «Mientras en los suaves y ondulados cañaverales del Nordeste no había posibilidad de redención, la codicia lusa del XVIII abrió una ventana por donde empezó a entrar el sol de la libertad. El negro que trabajase «como un negro», o el que descubriera una piedra preciosa de gran valor o una veta aurífera de pingües rendimientos, era premiado oficialmente con la cédula real, pasando a trabajar por cuenta propia, en igualdad de derechos con los blancos. Pocos consiguieron la emancipación, pero el más o el menos, no afecta a la sustancia.» (Carlos Beltrán, *Ibid.*, págs. 117-118).

(16) *Inconfidência Mineira*: «Conspiración (infidelidad, traición) promovida en la zona de la Capitanía de Minas Gerais por un grupo de letrados (don Manuel da Costa, el oidor Tomás Antonio Gonzaga, Cnel. Ignacio José de Alvarenga Peixoto), eclesiásticos (José da Silva Oliveira Rolim, Carlos Correa de Toledo y otros), militares (Tte. Cnel. Francisco de Paula, Freire de Andrada) y particulares, alentados por José Álvares Maciel,

Era obvio que el Brasil no podía quedar al margen de los cambios sociopolíticos que, sin crónicamente, habían establecido la independencia de las antiguas Trece Colonias británicas (Estados Unidos de Norteamérica), y en Europa conducían a una soberanía popular impulsada por la Revolución Francesa. Del mismo modo, la viabilidad de estas opciones libertarias se veían fomentadas por la política de impuestos y el control rigorista que la metrópolis imponía a su colonia americana.

No era extraño, pues, que el estamento liberal en el que se integraban técnicos de minas, literatos, comerciantes, militares, eclesiásticos y profesionales de niveles medios, estimulado por el espíritu compulsivo que empezaba a caracterizar al fenómeno urbano-industrial, sirviera de medio a la filosofía política del siglo XVIII, con la que estaba identificado.

La *conspiración minera*, gestada en sus precedentes en la severa crítica que los brasileños ilustrados llevaban a cabo del funcionamiento de sus instituciones, por medio de los debates desarrollados en el seno de las *Sociedades y Academias* (17), va a encontrar en la región centro-sur (Rio de Janeiro, Minas Gerais) las mayores disponibilidades para su realización. El lema conspirativo, «*Libertas quæ erit tamen*» encontraría para los sublevados una situación propicia a raíz de la *derrama* (18) impuesta por el Gobernador, vizconde de Barbacena, en unos momentos en que las perspectivas económicas de la región eran seriamente dificultadas por la decadencia de las minas.

«La libertad que aunque tarde... vuelve la mirada al débil», según manifestaba Virgilio en su *Egloga I.<sup>a</sup>*, a pesar de que aparentemente parecía representar, como símbolo comunitario, los intereses de una gran parte de la población, realmente quedaba adscrita sólo a la participación burguesa; la rebelión carecía de un decidido apoyo popular en unas circunstancias históricas que no ofrecían una opción suficiente para un amplio sector poblacional, de identidad alienada, e incapaces de actuar como fuerza política.

Denunciado el alzamiento, el 15 de mayo de 1789, se suspende el cobro de los impuestos pero se lleva a cabo, sin embargo, la detención de los sublevados, para quienes se decreta la pena de muerte tras un largo proceso de tres años; la reina María (19) concedió el indulto para diez de ellos, desterrados a África de manera perpetua, aunque el más destacado independentista, «*Tiradentes*», fue ejecutado el 21 de abril de 1792 en Rio de Janeiro, en un desdoblado en que la municipalidad de dicha capital ha hecho construir una escuela que lleva el nombre con que ha pasado a figurar entre los protomártires de la independencia brasileña (20), la autonomía estaba próxima a conseguirse; la constitución republicana, propósito igualmente de la conspiración minera, tardaría sin embargo un siglo.

En medio de estos acontecimientos políticos, la base económica minera conoce en los últimos años del siglo XVIII una recesión progresiva; el debilitamiento del ciclo minero venía a confirmar el modelo económico pendular característico de la colonia desde sus comienzos. Si la cultura del oro se había relacionado directamente con el capitalismo burgués industrial, con el que mantuvo un mutuo apoyo, y en su significación intelectual estaba simbolizada por el ideario político enciclopedista, será también el nuevo estamento burgués el que inicie la autonomía colonial, pero no el que la culmine.

Efectivamente, la minería, que había provocado el primer resquebrajamiento en la organización laboral esclavista, proporciona el conjunto de transformaciones previas a la declaración independentista. En este sentido, en el funcionamiento cultural brasileño aparecen una serie de modificaciones de alcance diverso: desarrollo demográfico, penetración, ocupación y poblamiento de nuevas entidades regionales, red de comunicaciones internas, surgimiento de nuevas capitanías como las de Minas Gerais, Goiás, y Matto Grosso, sustitución de la capi-

mineralogista de Minas, quien de regreso de la Universidad de Coimbra llevó a América las ideas liberales de la filosofía política del siglo XVIII y el ejemplo y la doctrina de la revolución estadounidense. Contaban además, con el entusiasmo de Joaquín José da Silva Xavier, ex alférez de caballería de Minas, de profesión dentista, apodado *Tiradentes*. (Nelson Werneck, *op. cit.*, págs. 43-44).

(17) La «*Sociedade dos Renascidos*» y la «*Litteraria de Rio de Janeiro*» entre las más destacadas.

(18) Se refiere al cobro de la deuda de los quintos reales a ser cubierta por toda la población, aunque no fuesen mineros.

(19) La reina María I, quien en 1777 sucedió a José I.

(20) Pierre Deffontaine, *El Brasil. La tierra y el hombre*, Editorial Juventud, Barcelona 1960, pág. 141.

tal colonial, Salvador, por Río de Janeiro (1763), el carácter complejo que adquiere el aparato administrativo..., pero que, todas ellas, sin embargo, no logran evitar que la vieja estructura colonial continúe en la nueva época con su forma y contenido.

El ascenso de la burguesía habría de llevarle a un enfrentamiento con los dos principales obstáculos que le impedían mayor capacidad de actuación: el monopolio comercial y el esclavismo; para la anulación del primero contará con el apoyo de la clase dominante colonial; su intento para abolir el segundo, no contará con esa ayuda, pues en definitiva, el trabajo esclavo constituía uno de los puntos de apoyo fundamentales en la planificación impuesta por el grupo señorial, que encontraba en el sistema una rentabilidad evidente y la posibilidad de competir con sus productos en los mercados exteriores, opción que se vería frustrada con el trabajo asalariado.

Consecuencia de esto es que, si bien la esclavitud no verá su abolición hasta poco antes de la década final del siglo XIX (1888), el rompimiento del monopolio comercial coincidente con el status de autonomía, va a ser uno de los factores compulsivos de ésta, todo ello a través de un proceso en el que el modelo liberal no logrará asumir el rol más importante. El juego de fuerzas presentaba este planteamiento:

«El ascenso del capital industrial lleva al primer plano a la burguesía. En correspondencia con las luchas que caracterizan la época, se hace evidente la contradicción entre la burguesía y la clase feudal. Mientras la burguesía es clase dominante en las zonas en donde impera el capital industrial, la clase feudal lo es en las regiones en donde predomina el capital comercial o rigen todavía relaciones feudales».(21).

Este planteamiento genérico podemos pormenorizarlo en el caso brasileño: «En lo que se refiere al proceso de emancipación brasileña, la burguesía impulsa el desarrollo industrial inglés; la clase feudal controla el régimen de monopolio comercial portugués, y los señores de tierras y esclavos, o de tierras y siervos, controlan la economía colonial brasileña. En Inglaterra predomina el modo capitalista de producción; en Portugal, el modo feudal; en Brasil, el modo esclavista. Si el oro brasileño tuvo influencia en el desarrollo del capitalismo, el capitalismo influyó a su vez en el Brasil, acelerando el proceso de emancipación de la Colonia.»(22).

Se trataba, pues, del enfrentamiento de dos modelos de concepción capitalista: el comercial —asumido por la clase feudal lusitana— y el industrial —representado por las aspiraciones británicas—; en medio, el esclavismo señorial brasileño, factor decisivo en este contraste de fuerzas: el capitalismo (industrial) se vuelca hacia el mercado brasileño, pero encuentra una barrera en el régimen de monopolio comercial, que es en esta fase la única vinculación que hace depender a la Colonia de la metrópolis:

Por otra parte, la función intermediaria de ésta, imponiendo gravámenes a las mercaderías coloniales que buscaban colocación en el mercado europeo y a las mercaderías europeas que buscaban colocación en el mercado colonial, impedía que las primeras estuviesen en condiciones de competir, al imponer, en calidad de intermediaria, tasas que elevaban los precios y, por el mismo método, restringía el consumo de las segundas. Pero desde que el capital comercial pasó a segundo plano desplazado por el capital industrial, la función del intermediario llegó a convertirse en anacrónica al actuar como freno del desarrollo colonial y de la expansión capitalista.

En las puertas ya de la existencia autónoma brasileña, y en una circunstancialidad temporal que valorizaba una estructura social que permitiese la emancipación popular, resultaba obvio la mayor patentización del fenómeno de la contradicción de clases, hecho mantenido de forma latente aunque oculta en la mayor parte del período colonial. Es más, en la medida en que la clase dominante brasileña había estado interesada en mantener el *statu quo* de la estratificación social, hubo de apoyarse en su homónima lusitana, defensora del sistema en la metrópolis.

Parecía lógico, según se ha expresado anteriormente, que la teorización de la independencia correspondiera a los nuevos sectores medios de la sociedad, quienes, a su vez, carecían de

(21) Nelson Werneck, *op. cit.*, pág. 50.

(22) *Ibid.*, pág. 50.

la suficiente entidad política para llevar a cabo en la práctica la realización de su modelo. Sin embargo, su inserción en el ámbito de lo político no es motivo de indudable trascendencia; en efecto, su ubicación intermedia la convierte en objeto de presiones de otros grupos sociales, al tiempo que, cercana al estamento señorial, cuyos patrones de conducta valoriza, se encuentra en óptimas condiciones de influir en las decisiones de aquél.

La duda expectante se resuelve en el sentido de aceptar por parte del feudalismo esclavista la responsabilidad de tomar sobre sí la dirección del proceso separatista. Consciente del riesgo que contraía al posibilitar la apertura a transformaciones sociales posteriores que fuesen contrarias a sus intereses, la clase dominante no estaba menos cierta de que, en definitiva, de lo que se trataba era de mantener el control sobre la estructura social planificada de acuerdo a los patrones que le convenían, y ello le era factible.

En estas circunstancias, aunque la clase dominante colonial transforma su alianza con la portuguesa en una alianza con su homónima británica, al tiempo que adopta unas actitudes de signo liberal, en el fondo no era más que un formalismo externo; se opone a todo intento de abolición esclavista o de reformas efectuadas desde dentro. De esta manera se transfiere al periodo de la autonomía la vieja estructura colonial, con su régimen de producción y su composición social.

Se mantenía la sociedad esclavista y se lograba romper el monopolio comercial detentado por la metrópolis; si en los epílogos de la centuria asistiremos a la abolición del trabajo esclavo, el sistema señorial, que sale reforzado con estos acontecimientos, encuentra la adecuada plataforma de asentamiento en el próximo ciclo económico definidor de su historia; la *cultura del café* logrará sobrevivir como modelo social a la extinción del esclavismo.



